

de aquella incapacidad para unir utopía y desencanto. Era ridículo, en 1929 o en los años setenta, creer que el capitalismo agonizaba, como es ridículo, en la actualidad, creer que la forma actual de su triunfo es el estado definitivo de la Historia. Creer que se ha vencido, que se tiene con la victoria una relación indestructible, puede ser peligroso; Manes Sperber decía que quien se vanagloria y se regodea en la victoria se vuelve fácilmente *un cocu de la victoire*.

Cada generación y cada individuo deben rehacer, y no sólo una vez, la experiencia traumática pero salvífica de los cristianos primitivos, que esperaban la parusía, el retorno del Salvador que se les había prometido, la llegada del Paracleto, del Espíritu de la consolación, creyentes –al menos muchos de ellos– que ya había llegado. La parusía no sucedió y no hubo de ser fácil, para aquellos creyentes desilusionados, resistir a la desilusión y comprender que no se trataba de un desmentido, ni siquiera de un reenvío, sino de una salvación postergada: se había revelado que la salvación no llega de una vez por todas sino que está siempre en camino hasta el fin de los tiempos, que quizá ni siquiera terminarán, al menos durante la breve presencia del hombre en la tierra.

Desencanto significa saber que no habrá parusía, que nuestros ojos no verán al Mesías, que el año próximo no llegaremos a Jerusalén, que los dioses se han ido al exilio. Occidente vive bajo el signo de este desencanto, descrito por Max Weber en páginas admirables y definitivas, donde describe la jaula de hierro que ha encerrado al mundo en las mallas de una inexorable racionalización que lo dirige y empuja hacia un andén obligatorio. Pero esas mismas páginas de Weber contradicen este diagnóstico por el tono con que las enuncia, por la música que las traspasa cuando habla de los valores indemostrables e irrenunciables, del sentido de la vida, que la racionalización torna irreparable pero que no apaga su irreprimible exigencia, el demonio que habita la vida de cada cual.

Quien crea que el encanto es fácil, cae fácilmente en un cinismo reactivo cuando el encanto muestra sus miserias o no aparece. En el desencanto, como en la mirada que ha visto demasiadas cosas, existe la convicción de que el pecado original fue efectivamente cometido, que el hombre no es inocente y que el yelmo de Mambrino es una bacía. Pero que también el mundo, a veces, puede adquirir el encanto del Edén, que los hombres débiles y malvados son asimismo capaces de generosidad y de amor, que un cuerpo efímero y mortal puede ser amado con pasión y que el yelmo de Mambrino, aunque inhallable, destella sus fulgores sobre las cacerolas oxidadas. El desencanto es un oxímoron, una contradicción que el intelecto no puede resolver y que sólo la poesía puede expresar y custodiar, porque dice

que el encanto no existe pero sugiere, con el tono y en el modo como lo dice, que, a pesar de todo, lo hay y puede aparecer cuando menos se lo espera. Una voz afirma que la vida no tiene sentido, pero su timbre profundo es el eco de tal sentido. La ironía de Cervantes desenmascaró el torpe final de la caballería al mostrar la poesía y el encanto caballerescos.

El desencanto, que corrige a la utopía, refuerza su elemento fundamental, que es la esperanza. ¿Qué puedo esperar? se pregunta Kant en la *Crítica de la razón pura*. La esperanza no nace de una visión del mundo confortante y optimista, sino de la laceración de la experiencia vivida y padecida sin velos, que crea una insoslayable necesidad de rescate. El mal radical –la radical insensatez con que se presenta el mundo– exige ser escrutado hasta el fondo para ser enfrentado con la esperanza de superarlo. Charles Péguy consideraba que la esperanza es la mayor virtud, justamente porque la inclinación a desesperarse es fundada y fuerte, y difícil, como lo dice en el *Pórtico del misterio de la segunda virtud*, reconquistar la fantasía de la infancia, ver cómo todo adviene y, sin embargo, creer que mañana será mejor.

La esperanza es un completo conocimiento de las cosas, observa Gerardo Cunico, no sólo cómo ellas aparecen y son, sino también cómo deben devenir para conformarse a su plena realidad aún no desplegada, a la ley de su ser. Se identifica con el espíritu de la utopía, como enseña Ernst Bloch, y significa que tras toda realidad hay otras potencialidades, que se liberan de la prisión de lo existente. La esperanza se proyecta hacia el futuro para reconciliar al hombre con la historia y aún con la naturaleza, o sea con la plenitud de las propias posibilidades y de las propias pulsiones. Este espíritu de la utopía está guardado sobre todo por la civilización hebraica, por la indómita tensión de sus profetas.

El desencanto es una forma irónica, melancólica y aguerrida de la esperanza; modera su patetismo profético y generosamente optimista, que fácilmente desdeña las pavorosas posibilidades de regresión, de discontinuidad, de trágica barbarie latentes en la Historia. Quizá no pueda haber un verdadero desencanto filosófico, sino sólo poético, porque solamente la poesía puede representar las contradicciones sin resolverlas conceptualmente, sino componiendo una unidad superior, elusiva y musical. Tal vez por esto el mayor libro del desencanto, *La educación sentimental* de Flaubert –se lo definió como «el libro de todas las desilusiones»– es también, en la melodía de su flujo melancólico y misterioso como el del tiempo, el libro del encanto y de la seducción de vivir. Todo mito revive y refulge sólo cuando se desmitifica su *cliché* estereotípico, su fascinación acartonada; los Mares del Sur se vuelven un paisaje del alma en las páginas de Melville o de Ste-

venson que desmontan crudamente todo pretendido escenario de paraíso incorrupto. Sólo criticando un mito se evidencia aquella fascinación que se le resiste. El verdadero sueño, escribe Nietzsche, es la capacidad de soñar sabiendo que se está soñando.

La historia literaria occidental de los últimos dos siglos es historia de utopía y desencanto, de su inescindible simbiosis. La literatura se confronta a menudo con la historia como si fuera la otra cara de la Luna, dejada en la sombra por el curso del mundo. Este sentido de una gran carencia en la vida y en la historia es la exigencia de algo irreductiblemente otro, de un rescate mesiánico y revolucionario, fallido o negado en cada revolución histórica. El individuo advierte una profunda herida que le dificulta realizar plenamente su personalidad de acuerdo con la evolución social y le hace sentir la ausencia de la vida verdadera. El progreso colectivo pone aún más en evidencia la incomodidad del ser singular; pretender vivir es cosa de megalómanos, dice Ibsen, señalando así cómo solamente la convicción de cuán arduo y temerario es aspirar a la vida auténtica permite aproximarse a ella.

Desencanto implica asimismo desengaño, el barroco desengaño que es también doloroso desenmascaramiento de la ilusión que hace resplandecer una verdad reluctante a la Historia. Un poeta de este desengaño barroco ultramoderno, el vienés Ferdinand Raimund, cuenta, en su *La corona mágica que trae desdicha*, una comedia popular de comienzos del Ochocientos, en la que un hada benéfica da al protagonista, Ewald, una antorcha prodigiosa que tiene el poder de transfigurar la realidad: quien mira el mundo bajo su luz ve por doquier esplendor y poesía, aún allí donde sólo hay miseria y desolación. El hada Lucina, al dar la antorcha a Ewald, le revela el truco, le advierte que la tea le mostrará cosas bellísimas pero ilusorias. La consciencia no destruye, con todo, la seducción de las cosas alumbradas por aquella luz y la vida de Ewald, gracias a tal don, se enriquece. La antorcha no es falsa. Quien la usa sin saber que embellece el mundo se engaña, porque no ve el dolor y la abyección y se ilusiona con una existencia falsamente armoniosa. Pero quien la rechaza es igualmente ciego y obtuso porque aquel resplandor que aclara la grisura del presente permite entender que la realidad no es sólo chatura y miseria. Tras las cosas como son hay también una promesa, la exigencia de cómo deberían ser, la exigencia de otra realidad potencial, que pugna por salir a la luz, como la mariposa en la crisálida.

Algunos años más tarde, Raimund quizá se olvidó de aquel don encantado que había inventado y decidió dispararse un pistoletazo. Pero, restos del naufragio de aquel gran Arca que fue Cacanica, el Imperio Austrohúngaro,

brillan como leños que el diluvio ha podrido y tornado fosforescentes, iluminados por aquel irónico juego con el desencanto que es una sabiduría elusiva, un arte de tahúres, una defensa del encanto. Como los hijos de la vieja Austria, también nosotros vivimos en un cuento acabado, esperando que la creciente irrealidad del mundo y los pedazos de papel con que se compra —o medidas que no logramos entender pero en las que confiamos crédulamente, como la proyectada eliminación física del dinero— acaben por borrar la diferencia entre los ceros del activo y los del pasivo. «Con todo, la vida es bella, ¿no es verdad?» dice el pasajero leopardiano, que piensa lo contrario. «Ya se sabe» contesta el vendedor de almanaques.

*Traducción: Blas Matamoro*

